

200 años de una batalla que aún huele



Francisco Antonio Cano. *Retrato del libertador en Páramo de Pisba.* Lápiz / Papel. S. f.

No fue en un día que se logró la independencia de Colombia, ni tampoco en siete que se creó el universo; el 12 de octubre de 1492 no se descubrió América, y tampoco el 20 de julio de cinco décadas atrás la humanidad conoció la Luna, o tal vez sí, todo depende de quién lo cuente y de cuánto nos convenza su

argumento. Aun así, las narraciones logran lo que los hechos no alcanzan. Un relato tiene el poder de hacer existir, como lo hace la poesía, lo ilusorio, la leve imaginación de un sueño, darle vida a la fábula y, por qué no, desaparecer la verdad. Cosas terribles también se logran con un cuento.

Desde hace un buen tiempo oímos hablar del bicentenario de la independencia de las tierras americanas del yugo ibérico gracias a gestas libertadoras de hombres que se batieron a muerte con el “usurpador”. Desde antes del 2010 se enlistaron las baterías para recordar hechos concatenados que le dieron libre albedrío al poder en América. Lo cierto es que esto no ocurrió de un tajo el 20 de julio de 1810, ni el 7 de agosto o el 17 de septiembre de 1819; esto comenzó mucho antes, y aun sigue desplegándose en el tiempo, con un espectro que sigue siendo tan incierto como el devenir de un cuerpo en equilibrio. Parece anacrónico o absurdo afirmar esto, pero ¿será que ahora somos independientes de verdad? ¿Alguna vez lo hemos sido? Y si así fuera, ¿somos independientes de qué?

Este mes, en particular, volvemos sobre la sombra que se extiende desde la mítica Batalla de Boyacá. Son exactamente 200 años los que nos separan de la última gran gesta libertaria cuando, el 7 de agosto de 1819, las tropas republicanas, de 2.850 combatientes, bajo la commandancia de Simón Bolívar, derrotaron a las tropas realistas. Una infantería de 2.300 almas, 350 binomios y una artillería de 20 sujetos, bajo el mando del brigadier José María Barreiro, se dieron por vencidos frente a la sorpresa que había preparado el caraqueño, quien sorteó el páramo de Pisba para enfrentar al europeo, con más ganas que fuerza.

La Nación, ese espejismo abstracto que se supone componemos y que eventualmente logramos ver, pero en un instante ya no está más, se debe a la capacidad de nuestros poetas de narrar las historias ocurridas, pero también inventadas. La Nación no es otra cosa que un cuento, una narración que se respeta, pero que es susceptible de corregir, cambiar o, incluso, eliminar. Bolívar, además de un militar obstinado fue un gran poeta: su ímpetu logró unir pueblos a la vez que generaba la indeseable distancia del poder, esa que tan bellamente Gabo hace ver en *Cien años de soledad* cuando describe

el aislamiento del coronel Aureliano Buendía. Pero una cosa es la ficción literaria y otra la que pretende rememorar la gesta. El Libertador fue un gran ilustrado, y en esta senda fueron apareciendo leyendas casi mágicas de sus congéneres como el que “en átomos volando” contribuyó a la causa, Antonio Ricaurte, o aquello de que en Bárbula cayó en batalla “envuelto en la bandera patria” Atanasio Girardot.

El poder de la palabra y la imagen nos hacen rememorar, sin importar la fecha exacta, sucesos que permiten también explicar el presente. Francisco Antonio Cano (1865, Yarumal, Antioquia – 1935 Bogotá), con la poética de la representación pictórica y su excepcional capacidad dibujística logró materializar, un centenar de años después, la gesta libertadora. El gran protagonista de sus dibujos, como lo vemos en este caso de nuestra *Agenda Cultural Alma Māter*, fue Simón Bolívar; también estuvieron en su mente Francisco de Paula Santander y otros próceres más. “Canito”, como es recordado este pintor académico, es uno de esos narradores gráficos que hoy nos permite, en tiempos de la imagen en movimiento, acceder a una versión de los hechos.

Relatos pintados, rezados o escritos son el amasijo que nos vuelve algo. Todos ellos solo necesitan del tiempo para existir en la memoria de las generaciones, de los subsiguientes. Tal vez estas gestas se pinten en las paredes o en los lienzos para inspirar el accionar de los herederos; no obstante, no es claro que los hijos quieran pelear la guerra de sus padres como lo apunta sabiamente Zygmunt Bauman en su libro *Comunidad*.

Bolívar y Santander, llamados los padres de la patria, parecen a la distancia hermanos bíblicos, Caín y Abel, aunque no necesariamente en ese orden. Lastimosamente, parece que no hubo amor ni matrimonio, tampoco presencia del poder componedor de lo femenino que los hiciera trabajar juntos luego de alcanzar

los logros que pretenden las armas y las vidas de los que cayeron en el campo de batalla. Idos los españoles, quedaron los locales, la rancia cepa del imperio católico. Y desde allí una batalla que ha sido repetida una y otra vez en los campos de esta esquina de América, por 200 años. Qué lástima, qué pena y tristeza conmemorar un bicentenario en guerra. Seguirán faltando más fechas, como más narradores, poetas y artistas de toda índole que vuelvan, al pasado con su imaginación y nos permitan entrever en la luz de las candilejas que han servido para escribir la historia.

En esta *Agenda Cultural Alma Máter*, con el acompañamiento de David Zuluaga Parodi, Eduardo Domínguez, Jorge Orlando Melo y Andrea Martínez y los documentos de Florentino González y Richard Vawell nos sumamos a un tiempo extendido de conmemoración bicentenaria que seguirá refrendando un anhelo: alcanzar la independencia, para lo cual una salida real es sabernos de esta tierra sin lánguidas añoranzas ibéricas y de este tiempo, que nos tiene retos para solucionar hoy.

Oscar Roldán-Alzate

Una historia de conmemoraciones

David Zuluaga Parodi

3

La Ley Fundamental de la Unión de los pueblos de Colombia de 1819, terminada de redactar en Angostura por diputados provinciales, venezolanos en su mayoría, reafirmó la voluntad de los colombianos de constituirse en una nación independiente, defensora de su soberanía, a la vez que decretó las primeras celebraciones de la República de Colombia “con fiestas y regocijos públicos” perpetuos, que tendrían lugar en diciembre, para premiar las virtudes y las luces.

Y es que el fin de la guerra de Independencia y la imposición de un modelo de gobierno republicano requería la invención de una tradición. Urgía dejar atrás la fidelidad de los vasallos al rey, celebrada con desfiles, pólvora, corridas de toros y vacalocas, para incentivar, en su lugar, la fidelidad de los ciudadanos a la nación. Eso implicó por supuesto, nuevos protocolos *civilizados* que permitieran a los colombianos acreditar y acrecentar el patriotismo, difundir y memorizar los valores de la nueva república

y estimular su práctica, dar cohesión y legitimidad al proyecto nacional, hacer partícipes y dar a los ciudadanos la ilusión de protagonismo de la actividad política mediante actos simbólicos masivos y, finalmente, propiciar una memoria nacional.

El catecismo republicano de Cerbeleón Pinzón, publicado a mediados de siglo xix, se preguntaba: ¿Para qué hacer memoria del sacrificio de estas víctimas? Y respondía: “Para que veneremos sus nombres y aprendamos a hacer el sacrificio de la vida, cuando sea necesario, por las causas de la independencia, de la libertad o del pueblo [...]”. Pese a esa intención de cohesionar la nación en función de los nuevos principios y héroes, los hechos narran otra historia. Como en el resto del continente, el siglo xix en Colombia fue complejo e inestable. Las ocho constituciones y el mismo número de guerras civiles de carácter nacional –y otras cuantas escaramuzas provinciales– fueron resultado de las peleas de una élite política dividida y